

Misión Nacional de Venezuela

PROCLAMACION DE JESUS

Pedro Trigo

La misión de Venezuela está concebida como una vasta catequesis en torno a tres tópicos fundamentales: Jesús, La Iglesia y el hombre. Sobre ellos versó el discurso de Juan Pablo II en la inauguración de la Conferencia de Puebla; ellos constituyen, según el documento de Puebla, el contenido fundamental de la evangelización, y por eso a la hora de programar la misión nacional se ha querido que gire en torno a estos ejes primordiales. Para orientar esta catequesis se han editado libros, folletos y esquemas. También nosotros queremos presentar aquí un modesto aporte por si algo contribuye a completar los otros que ya están en manos de los agentes pastorales o por si a alguien ayuda, como variedad pedagógica, tener diversas versiones de lo mismo. Al ser necesariamente trazos esquemáticos, unos rasgos quedarán más resaltados que otros; es inevitable, pero entiéndase que no hay ningún afán de mutilar la integridad del Evangelio. Aquí se trata únicamente

de una colaboración práctica que se inscribe al lado de otras y por ellas queda corregida y completada.

Este mes escribiremos sobre Jesús. En próximas entregas lo haremos sobre el hombre y la Iglesia.

Muchos métodos son posibles para presentar la verdad sobre Jesús: Existen las vidas; los títulos y dogmas; el Jesús del ciclo litúrgico; las elaboraciones teológicas; el Cristo de la piedad popular... Nosotros, desde nuestra condición de mensajeros de Jesús en la Venezuela de hoy, desde la Tradición de la Iglesia asumida en la liturgia y los estudios teológicos, desde nuestra particular consagración a Jesús en los pobres, nos centraremos en los Evangelios, haciéndonos eco de las veces en que, leyéndolos en comunidad con los hombres y las mujeres de nuestro pueblo y con los dedicados a ellos, "hemos sentido nuestro corazón en ascuas cuando en el camino nos interpretaba las Escrituras" (Lc 24, 32).

LOS ORIGENES DE JESUS

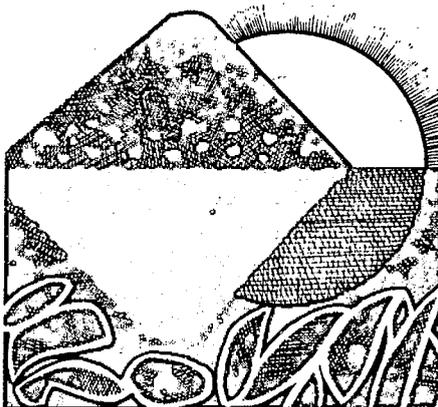
El Dios cristiano es comunidad. No es el monarca que domina solitario sobre cielos y tierra. Ese es el ídolo que nos fingimos cuando, sobre las relaciones horizontales y amorosas, pretendemos someter y mandar. El Dios cristiano, por el contrario, es la relación absoluta del Padre con el Hijo y con el Espíritu. Es precisamente este Dios el que nos ha llamado de la nada por nuestro nombre, iniciando así un diálogo de amor, que espera nuestra respuesta.

A lo largo de la historia de la humanidad muchos hombres y mujeres han correspondido sin duda a ese amor primero (1 Jn 4, 19), amando a Dios y tratando fraternalmente con las otras personas. Pero, tanto en la relación con Dios, como con los hombres y con la tierra, ha habido también egoísmo, manipulación, opresión, ruptura y asesinato, es decir pecado.

LA GENEALOGIA DE JESUS

¶ Dios, sin embargo, siguió llamando a cada hombre y a cada pueblo. "En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas" (Hbr 1,1). Ahora en la etapa final ha querido relacionarse absolutamente con nosotros, y de tal modo que también en Jesús llegue al absoluto nuestra respuesta. En Jesús se da, pues, el encuentro absoluto de Dios y la humanidad. En él se cumple la petición del pueblo: "Destilen, cielos, rocío; derramen, nubes, victoria; ábrase la tierra y brote la salvación" (Is 45,8). Como vio hermosamente el salmo 85, Jesús es bendición del cielo como fruto de la tierra. Es lo que atrevida-

mente expresa la genealogía de Lucas (3, 23-38): Jesús es hijo de Dios como hijo de hombre. Jesús no es sólo como



nosotros, es de nosotros. El viejo árbol frondoso de la humanidad que tantos frutos amargos ha producido, ha dado también el fruto bendito de María. Así pues quien no espera nada de los hombres que no espere nada de Dios porque Dios se da humanamente. Por eso quien no ama esta historia humana no puede amar a Dios que se ligó indisolublemente a ella, ya que en ella su "Palabra se hizo carne" (Jn 1, 14).

2 Es verdad que en este único río de la humanidad, va revuelto el pecado y la gracia; pero aun el pecado puede ser carne para la carne del hombre nuevo. Así lo subraya la genealogía que presenta Mateo (1, 1-17) que resalta la presencia de prostitutas, adúlteras y extranjeras despreciadas, que no suprime a idólatras ni apóstatas, entre Abraham, el que se fió de Dios y María, la que creyó.

3 Pero si Jesús nace en el único árbol de la humanidad (cf Hch 17,26), no nace "de la carne ni de la sangre", es decir de un modo naturalístico. Jesús nace de un encuentro personal: de la voluntad del Padre y del poder del espíritu, y de la voluntad creyente de María. De la fidelidad de Dios a los hombres y de la fidelidad de los hom-

bres a Dios, ya que María (como la vieron los Padres de la Iglesia) es la representante del resto fiel, de los pobres del Señor, del pueblo que camina humildemente con su Dios (Miq 6, 8). María es la culminación de esa saga esforzada de personas que a lo largo de la historia le dijeron a Dios que sí y vivieron de esa fe (Hbr 11). Así lo pinta Lucas en la escena discreta y grávida de la anunciación (Lc 1, 26-38).

4 Quien se mete en esta historia para realizar en ella el designio creador de Dios, quien se juega la vida en esa empresa y en ella capta la opacidad de lo real, lo equilibrado que andan el mal y el bien, lo difícil que resulta ver salida a los problemas, ése puede comprender el acto de amor que supone la entrada de Dios en nuestra historia y el mila-

gro que supone que Jesús haya salido de ella. Dios se liga a algo que por ahora no vemos que se resuelva. ¿Fracasará Dios en su designio de que los hombres seamos humanos y nuestro mundo sea el de los hijos de Dios? ¿Acabaremos los hombres destruyendo esta creación de Dios en la que está Dios en persona? ¿Y Dios se ha ligado absolutamente a esta aventura tan incierta? ¿Tanto nos amó?

EL NACIMIENTO

Pero Jesús no es un hombre abstracto. Es un judío, un oscuro provinciano de la periferia de un imperio. Nace de una mujer del pueblo, en una familia del pueblo, en una situación de extrema pobreza. Es proclamado alegría para todo el pueblo y es reconocido por los pastores, pobres entre los pobres y marginados religiosamente (Lc 2, 8-20), por los que esperaban la liberación del pueblo (Lc 2, 38) y por los paganos (Mt 2, 1-12).

Históricamente Jesús no se hace pobre, nace pobre y vive pobre. No es el rico que se solidariza. No es tampoco el pobre que se promueve y luego, como Moisés, regresa a los suyos desde su superior experiencia e instrucción; menos aún el que, como José, se promueve y promueve a su familia hasta su posición

dominante. Jesús es un tipo del pueblo que por serlo, por mantenerse fiel a su origen, es despreciado, es considerado como un "don-nadie", sin autoridad, tanto en su tierra como en la capital: el nazareno, hijo del carpintero, el carpintero, el no letrado ni de la casta sacerdotal, (Mc 3, 21.22.30; 6, 3-6; 7, 5; 11, 28; 14, 48; Jn 1, 46; 2, 18; 7, 3-4.15.27.48-49; 8, 48; 9, 29; 10, 20...). En Jesús se revela ante todo que "Dios escogió lo necio del mundo para humillar a los sabios, lo débil del mundo para humillar a los fuertes y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, lo que no tiene nombre para anular a lo que se tiene por grande" (1 Cr 1, 27-28). Como dice hermosamente Puebla "Jesús de Nazaret nació y vivió pobre en medio de su pueblo" (190). Por eso la historiografía de su tiempo no se preocupó de Jesús. En Jesús se revela que la historia de la salvación pasa por el reverso de las historias oficiales.

EL BAUTISMO

1 Es un hecho histórico que Jesús recibió el bautismo de Juan. Juan profetizaba el juicio inminente de Dios y lo entendía como catástrofe. Para escapar de él predicaba la conversión. Esta no consistía en prescripciones cúlitas o legales, no consistía en actos "religiosos". Era sencillamente ética y se reducía a la justicia (Lc 3, 7-14). El justo escapará del juicio. Juan no fundó una secta. Predicaba la conversión a todo el pueblo. Como señal de penitencia y reconocimiento de la condición de pecador administraba el bautismo.

En un bautismo colectivo (Lc 3, 21) concurrió también Jesús y Juan lo bautizó. Jesús recibió el bautismo de penitencia. No era el fariseo, el justo separado del pueblo impuro por su justicia. No pertenecía como los esenios a la comunidad de los santos de los últimos días. Pertenecía a un pueblo pecador y deseoso de salir al encuentro de Dios, deseoso de purificarse y recibir su perdón. El bautismo de Jesús fue un acto real. No fue "para darnos ejemplo"; no fue un "acto de humildad". No fue una comedia. Pero si no fue una comedia ¿cómo pudo Jesús recibir el bautismo de penitencia? ¿Era acaso pecador como los demás del pueblo?

2 Jesús no tenía pecado (Hbr 4, 15; Jn 8, 45); pero la solidaridad hizo verdadero el bautismo de Jesús. Asumió de tal modo a su pueblo que pudo decir con toda verdad y con más profundidad que los demás: ¡Dios nuestro, ten misericordia de tu pueblo pecador! Jesús se muestra aquí como el Cordero de Dios



que carga y así quita los pecados del mundo (Jn 1, 29). No se trata de una sustitución ritual, cultural. Se trata de solidaridad. En el bautismo se realiza la condición fraternal de Jesús. En él se revela que ser hombre es ser hermano.

3 Entonces, según los evangelios, Dios habló: Este es mi Hijo, en esto consiste ser hijo mío. Se ha hecho hermano de los pecadores, se ha hecho hijo mío. Mi predilecto es el hombre solidario.

No se desvela algo universal, acontece una relación que está llamada a ha-

cer historia: la relación filiación-fraternidad. Jesús siempre fue hijo de Dios y hermano de los hombres, pero el acontecimiento (sacramento) del bautismo selló su solidaridad y por eso lo "constituyó" como hijo. En la experiencia de cargar los pecados de sus hermanos, Jesús tuvo la experiencia de ser hijo de Dios y enviado por él a la misión de proclamar a Dios como Padre construyendo la fraternidad. La acción de Jesús y la acción del Padre son las dos caras de la misma moneda: la moneda de nuestra liberación.

4 En esta revelación queda superado Juan. En verdad Dios venía, pero no como ira destructora sino como gracia salvadora. Para Dios juzgar es justificar. El reino de Dios es reino de misericordia y de vida. Por eso Jesús es evangelista, portador de una buena noticia. A través de su solidaridad con nosotros Jesús capta al Dios de la gracia. Más aún, su solidaridad es gracia, en ella se nos da Dios mismo como gracia (Ti 2, 11; 3, 4).

LA MISION DE JESUS

PRESENTACION DEL REINO

Jesús anuncia que Dios viene ya a reinar entre nosotros (Mc 1, 15; Lc 12, 32), como los jefes que él puso para guiar a su pueblo lo oprimieron en vez de servirlo, él en persona lo va a conducir (Ez 34). No viene a ajustar cuentas con su pueblo, no viene a aplicarnos la ley sino como gracia y misericordia (Jn 1, 17).

Jesús no se pone a hacer definiciones ni a escribir tratados sobre qué era eso de que Dios reine sobre nosotros. Por otra parte ya la Biblia, que conocían sus oyentes, contenía muchas descripciones sobre el día del Señor, y el ambiente estaba cargado de expectativas. Todas tenían que ver con la liberación del pueblo de tantas humillaciones y esclavitudes, tenían que ver con la derrota de los opresores y también con una radical transformación de los corazones. Esto último era un punto esencial según los profetas (Os 2; Jr 31, 31-34; Ez 36, 25-27); pero el interés de la gente se centraba sobre todo en un cambio de la situación.

Jesús contaba ejemplos para mostrar con comparaciones de la vida diaria diversos rasgos del reino; también dio algunos discursos, como el programático de Nazaret (Lc 4, 16-22) o el llamado del monte (Mt 5-7). Pero sobre todo hacía, y con breves palabras aclaraba el sentido de sus acciones. Por eso vamos a presentar el reino al modo de Jesús, siguiendo sencillamente el evangelio de Marcos, que tras de anunciar que Jesús proclamaba el evangelio del reino, en breves escenas nos presenta concretamente en qué consiste.

1 Ante todo Jesús llama a discípulos (Mc 1, 16-21). Si Dios es comunidad es lógico que hacerlo presente sea ante todo hacer comunidad. Por eso Jesús, el solidario, el que se hace "nosotros" y va, pueblo penitente, a ser bautizado por Juan, desde el comienzo de su misión constituye también un "nosotros" como sujeto evangelizador. Jesús salva, no desde arriba, sino suscitando salvadores entre los que tienen necesidad de salvación. En la comunidad de Jesús se aprende y se enseña, se pide perdón y se perdona, se recibe la salud y se cura. En esta bidireccionalidad de las relaciones se muestra la confianza que Jesús tiene en nosotros y así se revela Dios como don recíproco. En lenguaje de Juan, Jesús ha venido "para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos" (11, 52). Y en esa familia de Dios Jesús está "como el que sirve" (Lc 22, 27).

2 Jesús libera al poseído echando los demonios fuera (Mc 1, 23-27). Jesús no sólo viene a predicar el bien sino a luchar contra el mal, contra los poderes que oprimen al hombre. Para los antiguos las enfermedades eran causadas por espíritus, cuando el mal llegaba tan hondo que parecía romper al mismo hombre, a su personalidad, era que el propio espíritu malo se había metido dentro y destronaba al yo, lo privaba del dominio del cuerpo. Aún lo cree así gran parte de nuestro pueblo.

El hecho es que el mal puede llegar a enajenar al hombre, a escindirlo, a alienarlo. Jesús ha venido a restituir al hombre a su sano juicio, a devolverle el dominio de sí, a liberarlo. En esta pelea Jesús no combate contra el enfermo sino contra las fuerzas que lo tienen fuera de sí. Esta es para Jesús una lucha esencial. El que las fuerzas que dominan a las gentes sean reducidas a la impoten-

cia es la señal de que ha irrumpido Dios como poder salvador (Mt 12, 28-29). Pero esta lucha tiene un costo social, que los gerasenos, por ejemplo, no están dispuestos a pagar (Mc 5, 16-17). En nuestra sociedad se conoce el camino para liberar al pueblo de su situación, pero tampoco se está dispuesto a pagar el costo social que lleva consigo: se prefieren los cochinos a los hombres.

3 Jesús cura a la suegra de Pedro y a otros enfermos (Mc 1, 29-34). Es muy frecuente en el evangelio la equivalencia de salvar y sanar. Esto significa que la salvación es ante todo una realidad material. Eso es lo que no entendieron los jefes religiosos, que juzgaban las acciones curativas de Jesús como trabajo meramente técnico, como obras neutras



sin contenido salvador (Lc 6, 6-11; 13, 10-17; 14, 1-6). No comprendieron que en esas acciones se hacía presente Dios porque ellos estaban sanos y no tenían necesidad de médico; ellos no sabían lo que es pasarse la vida enfermo, como aún sucede en nuestro pueblo. Y como no tenían misericordia, como tampoco eran capaces de compadecer con la gente no podían captar la trascendencia de las acciones curativas de Jesús. Y sin embargo a través de ellas se revelaba Dios como el Dios de la vida.

Uno de los síntomas más profundos de la impiedad de nuestras élites es el descuido pavoroso en que mantienen todo lo relativo a la salud. En nuestra sociedad habría medios para sanar las "enfermedades de pobres", pero no queremos cargar con ellas, no nos hacemos cargo seriamente del pueblo enfermo. Jesús quitó enfermedades cargando con ellas (Mt 8, 17). No fueron actos de magia sino de implicación misericordiosa.

Es tan importante la salud que darla es el signo que Jesús ofrece de la autenticidad de su misión (Mt 11, 1-6). Ella es también criterio para juzgar de la autenticidad de una vida cristiana y de una Iglesia, tanto que si nuestro concepto de salvación, por buscar algo pretendidamente más sublime, olvida este nivel primario no es salvación cristiana. Una Iglesia así sería la flor y nata, el alma de un mundo desalmado.

4 Jesús limpia al leproso tocándolo (Mc 1, 40-45). El leproso resumía en sí todo tipo de discriminación: la sanitaria, la social y la religiosa. Nadie podía tocarlo, no podía entrar a lugar habitado y estaba excluido del culto. Pues bien, Jesús se pone en cuarentena con el puesto en cuarentena, se contamina con el contaminado, se excluye del culto con el excluido del culto. Por compasión se acerca al discriminado y lo toca. De este modo impide que se sacralicen las discriminaciones y proclama que Dios quiere que acabemos con ellas y con sus causas.

Nosotros discriminamos a los indígenas, a los pobres, a los analfabetas, a los que no son blancos, a los viejos, a los enfermos incurables, a los solitarios, al extranjero pobre, a la mujer. A otros los calificamos de antisociales: delincuentes, drogadictos, prostitutas, homosexuales; los tenemos como "caso perdido". No nos acercamos a ellos porque nos revelan nuestros miedos, ponen al descubierto nuestra secreta contaminación y nuestro desamor. Jesús, como era puro de verdad y quería a cada quien, se acercó sistemáticamente a los despreciados de

su sociedad. En este aspecto ¿somos cristianos o fariseos?

5 Jesús perdona al paralítico (Mc 2, 1-12). La llegada del reino de Dios implica que el hombre está autorizado para perdonar pecados en la tierra. Implica que Dios ha dado al hombre el poder de perdonar a su hermano. Este don del amor misericordioso que se expresa en el perdón de corazón es tal vez la dimensión más radical del reino. Y la más nueva y difícil. Así lo captó Pedro (Mt 18, 21-35) que preguntó cuántas veces tendrían que perdonar. Jesús le responde que siempre. Y liga el perdón de Dios al perdón del hombre. Así lo expresa el Padre Nuestro (Mt 6, 12). Dios no perdona al que no tiene piedad.

Existen las ofensas horizontales, los problemas entre iguales causados por nuestra debilidad, por nuestra avaricia a causa de lo escasa que se nos aparece la vida. Estas ofensas son más graves entre el pueblo porque en él la escasez es drástica y las oportunidades, contadas. Es difícil perdonar al que le ha destrozado a uno la vida. Pero es mucho más difícil perdonar al opresor. Es casi imposible perdonar la ofensa vertical. Pero si la historia no puede enmendarse no hay salvación. Sin esta capacidad de perdonar no hay más horizonte que la guerra. Sólo queda aniquilar al enemigo o someterse vencido. Por eso la justicia (nos lo ha recordado el Papa en la Dives in Misericordia) tiene que perfeccionarse por la misericordia.

PROCESO DE LA VIDA DE JESUS

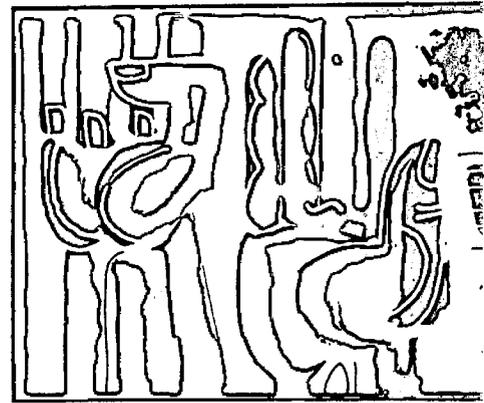
Podríamos seguir glosando el evangelio. Pero creemos que con lo dicho es suficiente para hacerse cargo de qué quería decir Jesús cuando hablaba de la llegada del reino de Dios. También en estos textos aparece el modo cómo Jesús hace presente a Dios entre los hombres. Finalmente nos ilumina sobre cómo es ese Dios del reino. Vamos a referirnos a los dos últimos aspectos.

1 Ante todo hay que decir que en la vida de Jesús no aparece un plan preconcebido sino un intercambio continuo con la realidad que lo rodea, un diálogo de acción y de palabra.

Esto en su tiempo fue escandaloso, más aún inasimilable para las élites religiosas. Los saduceos y en general los sacerdotes vivían en torno al templo, los ritmos litúrgicos diarios y festivos pautaban sus vidas. Los fariseos vivían literalmente para la Ley, a ella acudían en toda ocasión para saber a qué atenerse, la vida para ellos era la actuación esmerada de un libreto previo. Los ultraconserva-

dores celotas también tenían un programa rígido y sin concesiones: la vida conforme a las costumbres de los mayores sin ninguna posibilidad de componerse con los tiempos modernos ni en el campo de la cultura ni en el campo político.

Frente a todos ellos Jesús vive la vida de un modo abierto e intenso e insta a los demás a hacer lo mismo: "¿Por qué no juzgan ustedes mismos lo que se debe hacer?" (Lc 12, 57). Porque para Jesús la normatividad canónica no está hecha para suplir la rectitud del corazón humano como fuente primera de todo juicio histórico (Mc 7 1-23). Por eso Jesús insiste en que la religión (= el sábado) es para el hombre y no el hombre para la religión (Mc 2, 23-28), y para él el criterio último de licitud en el obrar no es ningún código sino "salvar una vida" (Mc 3 1-5).

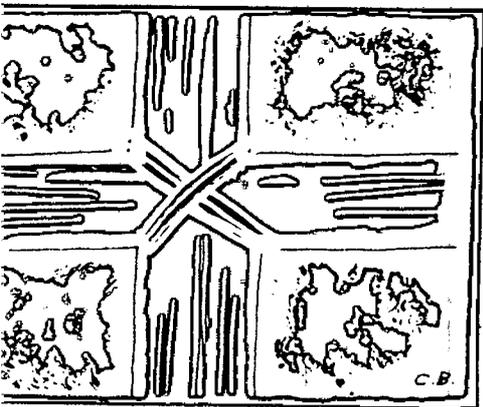


2 La frescura y la espontaneidad de Jesús se basan en su trascendencia. Jesús no es un ser en sí que construye un mundo para sí. Jesús no es el hombre que a través del esfuerzo y la competencia "se hace a sí mismo". El conato de perdurar a como dé lugar no lo define. Ni se coge la vida como un botín ni se aferra a ningún privilegio. Jesús no busca su gloria. Jesús vive para hacer lo que Dios quiera; esa es su comida (Jn 4, 34) y su tesoro (Lc 12, 34). Por eso a Jesús le caracteriza la ternura, la compasión y la misericordia. Esa es la fuente de su firmeza y de su versatilidad, es decir de su libertad verdaderamente espiritual. Y así Jesús, pobre, despreciado, desautorizado, es espíritu que da vida (1 Cor 15, 45), hombre nuevo.

Por eso Jesús se define por sus relaciones. Relaciones personales con Dios a quien trata como hijo, con el Espíritu que le mueve a obrar y con quien coincide de tal modo que se puede decir que es su Espíritu, y con los hombres y mujeres de su pueblo, a quienes quiere personalmente y llama por su nombre (Jn

10, 3). Jesús, como es hijo y hermano, vive para acercar los hombres al Padre y para hermanarlos entre sí. Por eso, partiendo de esta voluntad definitiva de Dios de acercarse completamente a los hombres, pide a cada cual que se vuelva de su pecado y que ponga él también su vida en función de Dios y los hermanos. Este es el objetivo de Jesús: reanudar estas relaciones torcidas o rotas. Eso intenta de un modo y de otro, dando él siempre el primer paso.

3 En esta primera época no tienen espacio ni tiempo para comer, todos le aprietan. Jesús conoce la pequeña gloria del entusiasmo espontáneo de los pobres, conoce la alegría de su esperanza renacida. La gente no es que lo entendiera mucho, pero no se separaba de él y "disfrutaba escuchándolo" (Mc 12, 37). Les encantaba especialmente ese modo



tan llano y verdadero de hablar; su autoridad salía de dentro, no como los letrados (Mc 1, 22). Y además era uno de ellos.

4 Pero a medida que crece el entusiasmo del pueblo crece el recelo de los fariseos, de los herodianos, de los escribas y sacerdotes, es decir, de las instituciones que encuadraban y enseñoreaban al pueblo. Jesús actuaba al margen de ellas, no apelaba a su autoridad ni buscaba su reconocimiento. Más aún, Jesús comprendió progresivamente que era necesario liberar las mentes y los corazones del pueblo de los tabúes y de las deformaciones de sus líderes religiosos, y de un modo cada vez más resuelto habló contra las tradiciones rituales y reinterpretó el sábado de un modo que parecía profano ya que ponía la santificación de la fiesta en liberar los cuerpos y las mentes de los hijos de Abraham. Más aún, pasó a denunciar su conducta personal: no eran modelos del pueblo sino hipócritas que vivían a costa de los huérfanos y las viudas, pretendían servir a la par a Dios y al dinero y buscaban los

primeros puestos y ser honrados por todos. Por eso desde muy temprano buscaron cómo desacreditarlo: hicieron correr la consigna de que lo suyo, aunque pareciera hermoso y liberador, era del diablo (Mc 3, 22-30). Después excomulgaron al que se declarara partidario suyo (Jn 9, 22). Y al fin mandaron que el que se enterara dónde estaba les avisara para arrestarlo (Jn 11, 57), pagaron para que se lo entregaran y planearon cómo prenderlo sin que la gente se enterara pues tenían miedo del pueblo (Lc 22, 3-6). Porque el pueblo fervoroso lo amparaba.

Jesús se hizo cargo de esta tremenda paradoja: que los jefes no creyeron en él y que la gente que no tenía instrucción religiosa lo reconoció como enviado de Dios (Jn 7, 48-49). Así lo expresó en una de las contadas oraciones que se le conocen "Bendito seas, Padre, Señor de cielos y tierra, porque has escondido esas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla; sí, Padre, bendito seas por haberte parecido bien así" (Mt 11, 25-26).

5 Los discípulos eran en general gente sencilla y por eso se apegaron a Jesús. Sin embargo de algunos al menos nos consta que tenían grandes ambiciones personales y que participaban de la idea de un mesías como David, ungido por Dios para liberar militarmente a su pueblo y engrandecerlo. Así lo pensaba ciertamente Pedro y por eso a él precisamente dirige Jesús la palabra más dura que sabemos de sus labios: "¡Apártate de mi vista, Satanás, que tus miras son humanas y no las de Dios!" (Mc 8, 33). También Juan y Santiago andan buscando altos cargos (Mc 10, 37) y los doce discuten con frecuencia sobre quién tiene más méritos para ocupar el primer puesto (Mc 9, 34)

Jesús intenta una y otra vez traerlos a la realidad: El lo único que tiene para dar es su cuerpo y su sangre, es decir su vida (Jn 6, 51): su palabra, su compañía, su afán, su calor, sus obras. Por eso insiste una y otra vez: "¡Dichoso el que no se escandaliza de mí!" (Mt 11, 6; 13, 57; Jn 6, 60-61). Más aun, les advierte repetidamente que si siguen con él no esperen salir con vida de esta aventura. A él lo han rechazado y acabarán matándolo de un modo infame (Mc 8, 31; 9, 31; 10, 32). A ellos les aterrorizaba este lenguaje, no lo entendían, pero tampoco le preguntaban porque preferían no aclararlo. Es patético este desencuentro constante entre Jesús y sus discípulos; y en esas condiciones resulta conmovedora su decisión inquebrantable de permanecer mutuamente unidos. Por eso cuan-

do, dejando la Galilea nativa y favorable, Jesús decide subir a Jerusalén, tras intentar disuadirlo infructuosamente, exclama Tomás en nombre de todos: vamos también nosotros a morir con él (Jn 11, 16).

6 Para Jesús resultó muy doloroso este rechazo de los jefes y de la ciudad santa. Por eso lloró sobre Jerusalén que no supo reconocer su salvación y abrirse a ella: Además, si él era el último enviado, el hijo del dueño de la viña, y lo rechazaban ¿cómo se realizaría el designio salvador de Dios? En este camino de hacer presente el reino se le evidencia a Jesús la fuerza tenebrosa del pecado y surge la historia como liberación. Jesús ve cómo se le cierra el horizonte; el hijo no sabe ni cómo ni cuándo va a venir Dios (Mc 13, 32), pero sigue su camino, cada vez más colgado de su Padre, como pionero y consumidor de la fe (Hbr 12, 2).

JESUS Y DIOS. EL DIOS DE JESUS

1 Hemos visto cómo lo que caracteriza a Jesús son sus relaciones. Jesús no es el entusiasta (= endiosado) sino el referido absolutamente a otro que él, al Padre. Esa alteridad, que es debilidad y cuidado, es la base de la seguridad de Jesús. Como vive colgado del Padre, puede hacer valer su voluntad como la propia. Por eso su seguridad no es fanatismo sino apertura suma. Su obediencia es la fuente de su autoridad: "Mi Padre hasta el presente trabaja y yo trabajo también" (Jn 5, 17). Este es el hilo conductor del evangelio de Juan: "Un hijo no puede hacer nada de por sí; primero tiene que vérselo hacer al Padre (5, 19; 5, 36; 6, 38-39; 7, 17-18; 8, 38; 10, 25, 37-38...).

2 La oración es uno de los modos como Jesús anda siempre buscando el querer de Dios. Por eso "acostumbraba a retirarse a lugares despoblados para orar" (Lc 5, 16). Lucas nos presenta a Jesús orando en los momentos culminantes de su vida: En el bautismo (3, 22), antes de elegir a los apóstoles (6, 12) antes de preguntarles por quién le tenían (9, 18), en la transfiguración (9, 28-29), al regreso de la misión de los setenta y dos (10, 21-22), reza por Simón ante la prueba (22, 32), al entrar en la Hora (22, 39-46), por sus enemigos que lo torturan (23, 34), al morir (23, 46).

3 De esta referencia continua y amorosa arranca lo que aparece como lo peculiar de Jesús: la seguridad con que implica a Dios en su actuación liberadora. Sus enemigos intentan des-

pojar estos actos de su valor salvador, incluso los achacan al señor del mal (Mt 12, 24). Para Jesús sin embargo, son el signo de que Dios está aquí; pensar lo contrario es pecar contra el Espíritu, un pecado que no tiene perdón (Mt 12, 31-23). Recorramos a Lucas para mostrarlo:

Así aparece ya en su discurso programático en Nazaret: es el Espíritu del Señor el que lo ha enviado a proclamar a los pobres la buena noticia de su liberación (4, 18-21). El curaba con el poder del Señor (5, 17). Perdonaba los pecados, colocándose en lugar de Dios (5, 20; 7, 48-49). Cuando resucita al hijo de la viuda de Naín, la gente proclama: "Dios ha visitado su pueblo" (7, 16). Las señas que da a los emisarios de Juan para mostrar que él es el que tenía que venir de parte de Dios son sus obras liberadoras (7, 18-23). Jesús despide al geraseno, lo envía a los suyos, diciendo: "vuelve a tu casa y refiere lo que Dios ha hecho por ti" (8, 39). El hombre fue proclamando "lo que Jesús había hecho por él" (39). Cuando curó al epiléptico "todos quedaron espantados de lo grande que es Dios" (9, 43). Al acoger a los niños explica a sus discípulos: "El que acoge a este niño por causa mía, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado" (9, 48). Así

mismo quien rechaza a sus discípulos, le rechaza a él y por lo tanto a su Padre (10, 16). "Si yo echo los demonios con el dedo de Dios, señal que el reinado de Dios les ha llegado a ustedes" (11, 20). En el episodio de la mujer encorvada Jesús reprocha a los dirigentes que no vean en sus curaciones signos de la misericordia liberadora de Dios sino tan sólo trabajos sin contenido salvífico (13, 10-17). Cuando cura a los leprosos dice: "¡No ha habido quien vuelva para agradecerse-lo a Dios, sino este extranjero!" (17, 18).

a) El Dios que nos revela Jesús en todos estos pasajes es el Dios liberador, es el Dios de la vida. Ese es ante todo el Dios de Jesús. Y por eso también es el Dios de los pobres y el Dios de la gracia. Creemos que después de todo lo que llevamos dicho no es necesario extenderse en mostrarlo. Ese es el Dios del reino: el contenido fundamental del reino y el que nos hace hijos del reino.

b) Dios es Enteramente Bueno y nos acepta absolutamente. Por eso nos pide que dejemos nuestras cosas en sus manos y que confiadamente nos entreguemos a la construcción de un mundo de hermanos para que él sea Padre de todos (Mt 6, 25-33; Lc 11, 9-13; 12, 32; 15, 20-24, 28, 31-32; 18, 7-8; Jn 3, 13, 17...). Son los textos más hermosos del evangelio y por eso los más sencillos

y los más difíciles de desentrañar y asumir.

c) Dios no sólo nos acepta absolutamente sino que nos pide ser como él. En eso está nuestra salvación. Esa es la verdad de la religión, la religión en espíritu y verdad. De ahí que Dios, que ama a los malos, no pueda transigir con el mal. Por eso la cercanía de Dios quema como un cauterio. Y esa es la razón de que no hagamos una oración menos rutinaria, más vital y profunda: tenemos miedo a la cercanía de Dios, tenemos miedo a quemarnos. Y sin embargo que él nos pida que seamos buenos y generosos como él (Mt 5, 43-48, Lc 6, 35-36) es la prueba mayor de su amor. Por eso su exigencia es sólo exigencia de amor, y no entender esto es no conocer al Dios de Jesús.

d) Pero este amor de Dios llega al colmo porque no sólo nos acepta y quiere que seamos como él sino que espera que lo llegaremos a ser. Espera en nosotros más que nosotros mismos. Que Dios, conociéndonos, haya puesto su confianza en nosotros y no nos retire su confianza es un verdadero misterio. El misterio de la paciencia de Dios (2 P 3, 9). El tiene paciencia con cada uno y espera también que la humanidad acabe por comprender que su proposición es buena para ella.

LA PASCUA DE JESUS

PASION DE JESUS

La pasión de Jesús es consecuencia de su vida y más en concreto de su lucha contra el mal y sus representantes. Si Jesús se hubiera limitado a hacer el bien, habría muerto viejo y cargado de honores. Pero tuvo la "imprudencia" de meterse con los poderosos y así le fue. Este es el hecho desnudo y grueso que nos juzga hoy a nosotros, a su Iglesia.

1 Proceso religioso a Jesús. Los jefes de los sacerdotes y los saduceos sólo intervinieron cuando Jesús toca sus intereses del templo. Entonces emplazan a Jesús: "¿Qué autoridad tienes tú para hacer eso?" (Mc 11, 27-33). Jesús no los satisface, o, peor aún, liga su autoridad a la de Juan. Ellos deciden acabar con él (Mc 11, 18). Mandan a su gente a prenderlo de noche y a traición (Mc 14, 33). Promueven testigos falsos para condenarlo a muerte (Mc 14, 55). Soliviantan a sus criados y clientes para que pidan al procurador romano la muerte de Jesús (Mc 15, 11; Jn 19, 6). Chantajejan al procurador con sus protestas de fidelidad a Roma (Jn 19, 15-16). Y en la tortura se gozan de

la derrota de su enemigo (Mc 15, 31-32). Los sacerdotes son los principales causantes de la condena y muerte de Jesús. La causa fue que Jesús tocó, no el templo sino el tesoro del templo. Ellos idolatrabán al dios oro.

Pero los fariseos y los teólogos, por lo menos parte de ellos, tenían dificultades de conciencia para aceptar a Jesús. Verdaderamente estaban escandalizados de él. Jesús no era el mesías que ellos esperaban. Jesús no hacía justicia a las Escrituras. En él no aparecía la gloria incontrastable de Yahvé Sebaot, su presencia no era fuego abrasador, él no ponía en fuga a sus enemigos. ¿Dónde estaba el desquite de nuestro Dios y el poder de su brazo? ¿Cómo reconocer en

Jesús al personaje del salmo 72, a la presencia del Señor tal como aparece en el salmo 50 (1-6), al pastor de Israel que promete Dios por Ezequiel (34, 20-30), al restaurador de Jeremías (cap. 30), al liberador que profetiza Isaías (9, 1-6; 33, 17-24)...? ¿No era una blasfemia la pretensión de Jesús de que en él irrumpía el Señor y además de un modo escatológico? Esta dificultad también la tuvo Pedro y los apóstoles, aunque la vivieron desde dentro. Si nosotros no la vemos es que hemos cambiado a Jesús de Nazaret por un cristo según nuestros deseos. Y así lo ha hecho en parte la Iglesia a través de la historia. Dios nos conceda ver la dificultad, ver que es la nuestra también, y superarla.

2 Proceso político. Los jefes judíos acusan a Jesús ante el procurador, de andar alzando al pueblo en contra del imperio (Lc 23, 2). El procurador se habría percatado de que el reo no atentaba violencia militar, no era un tipo peligroso. Además tampoco confiaba de la fidelidad a Roma de la mitad de sus acusa-



dores. Pero, presionado y chantajeado (porque él mismo tampoco gozaba del favor de Roma) habría cedido.

El procurador no se molestó en entrar en las profundidades del caso. En seguida comprendió que las acusaciones eran falsas. Pero le pareció que el réo era un pobre hombre. Y vinieron las componendas políticas a costa del pobre. El resultado fue la muerte de Jesús. Al prescindir de la cuestión de la verdad y la justicia el sistema político acaba condenando ciegamente al hombre más justo que haya pisado la tierra.

A partir de la vida de Jesús la historia se ha convertido en un juicio (Jn 9, 39). El juicio del mundo a Jesús y el juicio de Jesús al mundo siguen abiertos. El mundo (= orden establecido) sigue juzgando al cuerpo histórico de Jesús, lo sigue desconociendo (Mt 25, 44), sigue negándole la vida (id 45). Y el pueblo oprimido, "estos hermanos míos más pequeños", sigue siendo el juez de la historia, el que pone al descubierto la verdad oculta de las situaciones celosamente encubiertas.

LA MUERTE DE JESUS

La muerte de Jesús es significativa porque no fue natural. Es un problema porque fue una muerte causada por los hombres: Jesús murió asesinado. Pero no se trató de un caso de violencia horizontal, de la violencia como respuesta incontrolada de los violentados. Jesús no fue asesinado por hampones ni por guerrilleros. La muerte de Jesús es un escándalo porque murió torturado por las autoridades tras un proceso religioso y otro político.

1 La historia (Mc 15, 21-41) nos dice que Jesús murió crucificado. Murió en la tortura romana reservada a los esclavos y a los rebeldes no ciudadanos. En el letrero estaba escrita la causa de la condena: El Rey de los Judíos. Los jefes judíos se burlaban de él: ¡El Mesías! Que baje ahora de la cruz y creéremos en él. Todos lo insultaban. Jesús gritó: Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado? Y dando un fuerte grito expiró. Había desde lejos unas mujeres mirando, las que desde Galilea lo seguían y atendían.

El sentido: Jesús muere como mesías fracasado, vencido por sus enemigos y abandonado por sus partidarios. Venía a liberar al pueblo, salvó a otros y a sí mismo no puede salvarse. ¿Es que en verdad actuaba en él el poder de Dios? Porque en ese caso tendríamos que el poder de Dios ha sido vencido por el poder de la opresión. Jesús viene a meterse en la casa del hombre fuerte, viene a vencerlo para así llevarse libre a la gente (Mt 12, 28-29). Pero parece que los poderes opresores que tienen sojuzgada a la gente resisten a su asalto y lo reducen a él a la impotencia. Si en Jesús Dios envía a su hijo (Mc 12, 6-8) y lo arrojan fuera y lo matan ¿es que el poder de la opresión es mayor que el de Dios?

Si Jesús no tiene más que su cuerpo y su sangre, su vida solidaria, Jesús no puede hacer más que no replegarse sobre sí para morir y morir como había vivido: en solidaridad con nosotros. ¿Pero de qué nos sirve ese amor finalmente impotente ante las fuerzas del mal?

¿Qué estaba haciendo Dios, dónde se encontraba el poder de su brazo? Jesús siente su abandono. Si Dios es el Padre en el que uno se puede abandonar confiadamente ¿cómo es que no acude? Jesús no muere la muerte serena del justo (Sócrates), tampoco muere la muerte del mártir testificando gloriosamente su causa. Jesús muere abandonado de los hombres y sintiendo el abandono de Dios. Ingrimo. Sin embargo Jesús no se abandona al abandono sentido de Dios sino que pone ante Dios su abandono. La pregunta a Dios es correctamente interpretada por Lucas como ponerse en manos de Dios (Lc 23, 46). Por eso su muerte es supremamente un acto. Así lo ve Juan: "Entregó su espíritu" (Jn 19, 30).

2 En la muerte de Jesús se revela, pues, ante todo el pecado de este mundo. El pecado es mortal, no sólo porque causa la muerte espiritual de quienes lo cometen (los deshumaniza) sino porque mata. El pecado es mortal

porque destruye lo más sagrado de la creación de Dios: la vida humana. Es mortal porque atenta contra las personas que Dios hizo a su imagen y en las que él habita. El terrible poder del pecado se reveló supremamente al cebarse en Jesús. Los hombres podemos cegarnos tanto que podemos llegar a matar al Hermano, a nuestro Liberador, al Hijo de Dios.

3 En la cruz de Jesús se revela el mal como un terrible poder que mata. Pero desde la fe se revela más profundamente el pecado como aquello de lo que Jesús se hace responsable. Nadie cargó con el pecado de haber asesinado a Jesús, cada uno lo ocultó a su conciencia. Fue Jesús, la víctima, quien se hizo cargo de él para despojar de él a los hombres. El pecado es una realidad, no puede ser borrado si nadie carga con él. La realidad ha quedado despedazada, las relaciones rotas, la sangre derramada. Lo hecho queda. No se puede declarar no existente. Silenciarlo o no tomarlo en cuenta no basta para que desaparezca. Es necesario que salga a la luz. Pero si sale a la luz sin que nadie lo asuma lo que hace es seguir destruyendo, provocar venganza. Jesús lo asume. Eso significa lo que Lucas, variando la fórmula tradicional del condenado, pone en boca de Jesús: Jesús pide perdón, no por sus pecados sino por los de los que lo torturan. Jesús en la cruz confiesa nuestros pecados ante Dios. Nuestros pecados están en su carne y él los confiesa y pide perdón por ellos. De este modo en la cruz no sólo se revela el pecado cometido sino el pecado asumido y confesado. Y en esto se revela el amor de Jesús. Jesús, que asumiendo el pecado del pueblo recibe el bautismo de Juan, al fin de su vida, conociendo el pecado del mundo al haberlo excitado con su presencia y asumiendo con su amor, nos muestra hasta el fin su amor. Y, al precipitar y asumir el pecado, lo quita.

LA RESURRECCION DE JESUS

1 Los hechos: En primer lugar están las mujeres. Se habían mantenido fieles en la tortura, habían sido testigos de Jesús ante sus enemigos. Una vez muerto, estaban en el cortejo de su entierro apresurado. "Observaban dónde lo ponían" (Mc 15, 47). Descansaron el sábado y terminado el descanso "compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús" (16, 1). Y en efecto "muy de mañana, recién salido el sol, fueron al sepulcro" (16, 2). Con el apresuramiento no habían reparado qué hacer con la losa. Por eso, mientras caminaban, se decían: "¿Quién

nos correrá la losa que da entrada al sepulcro?" (16,3). Pero no volvieron atrás. Al llegar "encontraron corrida la losa, entraron y no encontraron el cuerpo del Señor" (Lc 24, 2-3). Se asustaron mucho. Pensaron: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto" (Jn 20, 2). Así fueron unas a informarlo a los apóstoles. Otras mientras tanto vieron en el sepulcro a un joven lleno de gloria. Se asustaron. Pero él las apaciguó: "¿Buscan a Jesús nazareno, el crucificado? Ha resucitado, no está aquí. Vean el sitio donde lo pusieron" (Mc 16, 6). Y las envió a los discípulos para que notificaran el hecho y los remitieran a Galilea: "Allí lo verán" (16, 7).

Según Mateo y Juan también el propio Jesús se habría aparecido a las mujeres. Juan relata pormenorizadamente el encuentro con Magdalena. Sin embargo las mujeres estaban exaltadas y de todos los modos su testimonio no tenía valor oficial en esa cultura. Es cierto que algunos fueron al sepulcro "y lo encontraron tal y como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron" (Lc 24, 24). Y regresaron a casa "confusos con lo ocurrido" (Lc 24, 12).

Aquí se dividen las tradiciones. Para Marcos y Mateo Jesús habría aparecido en Galilea. Según Lucas, en Jerusalén. Juan sigue la tradición de Jerusalén, pero el apéndice retoma la tradición de Galilea.

Las apariciones de Jesús habrían devuelto la fe a los discípulos y estarían encaminadas al envío. Para eso Jesús les habría comunicado su Espíritu. Remitir a Galilea significaría enviarlos a reiniciar la historia. Porque la cosa "empezó por Galilea" (Hch 10, 37).

2 El sentido: De estos hechos queda claro que Jesús vive y que su misión prosigue. No es que no haya muerto o que haya vuelto a la vida. La resurrección significa ante todo que Dios salvó a Jesús. "Ustedes mataron al autor de la vida, pero Dios lo resucitó" (Hch 3,15). La última imagen de Jesús, perceptible por cualquiera, es la de una persona absolutamente abandonada, despojada. Este despojo era, en su cara interior, una entrega absoluta. Pero esa entrega ¿sería recibida? Dios recibe lo que Jesús le entrega a través de la muerte. Jesús clamó a gritos a Dios y Dios lo escuchó (Hbr 5, 7-9). Dios salva a Jesús de la muerte y lo constituye en el hombre plenamente liberado. Jesús, lleno de gloria, trasfigurado. ¿Qué significa esto? No lo sabemos: lo que se siembra es como una semilla, de ahí procede la planta, pero la semilla no es lo mismo que la planta (1.



Cor 15, 35-58). Desde luego que el salvado es el mismo Jesús de Nazaret, el torturado. Lo que se consolida, lo que se adquiere la consistencia de Dios y su gloria, es la misma solidaridad de Jesús, el mismo camino suyo, sus actitudes, su corazón.

Pero la resurrección no significa sólo que Jesús es salvado sino también que "Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús a quienes ustedes crucificaron" (Hch 2, 36). El poder que se da a Jesús no es un poder de este mundo (como el de sus enemigos). Su poder no es otro que el de comunicarnos su Espíritu para que realicemos su camino. Es decir, el poder de suscitar muchos hermanos. Jesús es constituido primogénito de una humanidad renovada. Aún subsiste abierta la pregunta de si esa nueva humanidad vencerá al mundo y lo liberará. Aunque esta pregunta ya está respondida en Jesús: Si Dios ha salvado a Jesús que es el Hermano, luego también ha salvado a sus hermanos. Nos ha salvado en él. En Jesús resucitado tenemos nuestra esperanza: Dios también nos salvará a nosotros. Al salvar a Jesús, Dios ha salvado a la humanidad. Pero esto no es automático, mecánico; si no, no sería salvación. Por eso la historia, para madurarnos para la salvación.

Mientras tanto la mediación de Jesús prosigue (Hebreos), su misión sigue adelante. No sólo su causa sino su acción personal. Jesús es nuestro futuro. Con esto no sólo decimos que caminamos hacia él y que pedimos que venga sino que decimos que Jesús, como futuro nuestro, irrumpe en nuestro presente

abriéndolo al futuro, dándonos esperanza, reclamándonos, alentándonos, amándonos. Este señorío significa también que no está a nuestra disposición sino que dispone de nosotros.

Su presencia se realiza de muchos modos. Ante todo en los hermanos más pequeños. Pero, ligado a este sacramento primordial, se hace presente en la Palabra y el Sacramento (Lc 24, 32.35).

Por todo esto decimos que la resurrección de Jesús es buena noticia, en primer lugar para los torturados. La correlación entre resurrección y crucificados no es otra que la de reino y pobres. De este modo cuantitativamente la resurrección de Jesús es esperanza para las grandes mayorías de la humanidad que viven crucificadas. Y cualitativamente, tenemos que participar de la crucifixión, aunque sea analógicamente, para participar de la resurrección. Sin esa comunidad de vida con Jesús que se expresa al menos en trascender la propia vida, resurrección sólo dice supervivencia, pero no dice si es de salvación o de condenación.

El amor de Jesús y de Dios, hechos patentes en la cruz, hacen creíble su poder, lo convierten en un poder amable, en esperanza y no en pura altitud o arbitrariedad.

Así pues la pregunta que nos plantea la resurrección del crucificado es si nosotros estamos del lado de los que asesinan al crucificado (a los crucificados) y de los que permiten su muerte o al lado de Dios que le (les) da vida. La esperanza en la resurrección cristiana se alimenta de dar vida ya a los que en la historia mueren antes de tiempo y a los que mueren dando.

LA ASCENSION DE JESUS

La ausencia de Jesús es salvación para nosotros. Aunque resulte dolorosa, nos conviene (Jn 16, 4-7). Es el paso de la intuición sensible (1, Jn 1, 1) a la creación de la historia. En efecto mientras está Jesús ¿qué nos queda sino ver, oír y palpar? Mientras él estaba a la mano sólo se trataba de acudir a él.

Pero de pronto nos quedamos solos y entre enemigos. Tenemos que hacer, que inventar todo. En ese camino nos conocemos a nosotros mismos como hombres de poca fe, nos reunimos a los hermanos, transformamos las relaciones sociales y para eso trabajamos. En este camino de dificultades nos acordamos de Jesús y su camino se nos vuelve luz, partimos el pan en memoria suya. En Jesús nos dirigimos al Padre y le pedimos su Espíritu, que nos dejó Jesús.